

XIII

La batalla.

María fijó los ojos en Paoletti con expresión dulce. La ocasión era tan solemne, que el bendito clérigo enano, á pesar de estar muy hecho á emociones y á espectáculos tristes, se enterneció. Dominándose, se acercó al lecho, tomó la mano ardiente y blanca que se le extendía, y dijo así con entusiasmo místico:

—Ya estamos solos, mi querida hija, hermana y amiga á quien profeso dulcísimo afecto; ya estamos solos con nuestras ideas espirituales y nuestro fervor. No reine aquí el miedo, reine la alegría. ¡Conciencia purísima, levántate, no temas, muestra tu esplendor, recreáte en tí misma, y así, en vez de temer la hora de tu libertad, la desearás con ansia! ¡Oh triunfo, no te disimules vistiéndote de vencimiento!

Ménos ganosa que otras veces de saborear la miel regalada de aquel panal de misticismo, María Egipciaca pensaba en otra cosa. Con amarga melancolía dijo:

—He sido engañada.

—Engañada con piedad,—replicó al punto el clérigo.—El estado penosísimo de su organismo exigía que se le encubriera la verdad fea. Perdóneme usted si también yo me presté á esa farsa, que, lo repito, era una farsa caritativa. Yo comprendí la necesidad de ayudar los planes benéficos de su esposo de usted...

—Que me ha tenido y me tiene en la casa de esa mujer...—exclamó la enferma ahogándose.

—Esto no ha sido culpa suya. No había lugar más á propósito para prestar á usted los auxilios de la ciencia y ponerla en buenas condiciones de higiene. En esto apruebo plenamente su traslación aquí. Una vida en inmediato peligro no podía ser tratada como un saco que se lleva y se trae. Lo de ménos para usted es estar aquí.

—Yo lo soñaba, y despierta lo desmentía.

La laringe de María no pudo seguir sin tomar descanso. No es fácil dar idea de la intensa tristeza de su acento débil, apagado, quejumbroso. Más que acento de mujer aman-

te parecía el llanto de un niño abandonado, cuando ya se cansa de llamar y pedir.

—Y mi marido y esa mujer,—añadió,—se verán á todas horas en cualquier sala de este palacio, para contar entre abrazos y besos...

La laringe se resistió otra vez. También Paoletti sentía un nudo en su garganta.

—...entre abrazos y besos los instantes que me quedan de vida... como yo cuento los Padre-nuestros con mi rosario.

Hubo una pausa, durante la cual el confesor se esforzaba en desatar su nudo.

—Mi buena amiga en el Señor, esa última idea es una cavilación absurda. Oiga usted de mi boca la verdad pura, la verdad que proclamo como sacerdote de Dios. Al grande espíritu de usted no puede ser nociva la verdad. Esa conciencia fuerte y pura no se turbará por la revelación de las miserias humanas, que en nada la afectan, como no afecta el polvo de la tierra á la blancura y limpieza esplendorosísima de las nubes del cielo. Sépalo usted todo, sin quitar nada á la verdad, pero también sin añadirle nada. El señor don Leon ama, en efecto, á esa señora; él mismo me lo ha dicho, y como no me lo ha dicho en confesión, puedo y debo declararlo á usted. Pero al mismo tiempo debo afirmar que esa señora no vive ahora en Suertebella, porque

su mismo esposo de usted le mandó salir de aquí. Así lo exigía el decoro, que es en el mundo la fórmula ceremoniosa del pudor. Su desventurado marido de usted es incapaz de toda idea moral; pero tiene, gracias á su cultura, la religión de las apariencias, y sabe ponerse á tiempo esa ropa pintada de virtud á quien el mundo llama caballerosidad.

María no contestó nada. Su blanca mano, que no había tenido tiempo de adelgazarse con el mal y conservaba su finura pastosa, jugaba con el fleco de la colcha, entretejiéndolo con sus dedos gordezuelos. No lejos de aquella mano estaba la cabeza minúscula y redonda del italiano, el cual, si abatía los ojos, dejaba en lóbrega oscuridad su cara, pero si los volvía hácia arriba, llenábala de luces como un torreón de fuegos artificiales.

—No puedo creer,—dijo el Padre alzando la vista y envolviendo á María en la fascinadora proyección de ella,—que un espíritu fortalecido por el amor divino, como el de usted, se turbe por la verdad que acaba de oír. Yo la conozco bien á usted, y no puedo imaginarme ahora á mi espiritual amiga empeñada en inquietudes menudas como una mujer cualquiera, ó apartando el pensamiento de las grandes esferas ideales para pasearlo, como holgazan que mata el tiempo, por las ca-

llejuelas de la cavilacion mundana. ¿Acierito, mi querida hija? ¿Me equivoco al pensar que esos ojos, hechos á la suavísima luz de arriba, no se dignarán mirar á los faroles de abajo?

—Tengo celos,—dijo María con el mismo tono sin duda con que Cristo dijo en la Cruz: “Tengo sed.”

El enano hizo lo mismo que el sayon del Calvario. Cogió una esponja mojada en hiel y vinagre, la puso en una caña y la aplicó á los secos labios, diciendo:

—¡Celos!... ¡Celos quien ha sabido encender su alma en el amor que jamás es mal pagado! O yo no penetré bien el espíritu de mi ilustre penitente, ó el espíritu de mi ilustre penitente tenia toda la fortaleza, toda la gracia, toda la influencia de amor divino para no incurrir en tales flaquezas. ¿Celos de qué? ¡De otra mujer y por un hombre; celos de quien nada es, y por quien nada es, ni nada vale tampoco!... Por fuerza ha habido una turbacion radicalísima en el espíritu de mi amada hija y penitente. ¿Quién ha traído esa turbacion?

—Los celos,—murmuró María desde la hondura de su angustia.

Lentamente, descansando á cada instante, María pudo referir todo lo que le habia pasado desde que la de San Salomó le reveló

la infidelidad de Leon, hasta que perdió el conocimiento. En lenguaje conciso lo dijo todo, sin omitir nada sustancioso, ni perder detalle de importancia.

—Fuera de los arrebatos de ira, del engalanamiento mundano y de la precipitacion, no hallo nada reprehensible en el acto,—dijo Paoletti despues que con la cabeza apoyada en la mano y los ojos echados al suelo, como un arma que por el momento no se necesita, recogió en su mente la confesion toda, sílaba á sílaba, gota á gota, cual licor destilado en el alambique.

María Egipciaca dió un gran suspiro, diciendo:

—Yo me creia llena de pecado.

—Pecado ha habido, por lo que he dicho, pero no es grave. En la visita veo el movimiento natural de la esposa para impedir la ruptura del lazo sagrado. Ya he dicho á usted, no una, sino mil veces, que el acendrado prurito en usted de cultivar la vida espiritual y en él el desprecio de la fé, no eximen al uno ni al otro del cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Mientras ambos vivan, atados se hallan por el Sacramento, y cuando uno de los dos forcejea por romper el lazo, es natural y meritorio que el otro corra á evitarlo, apretando más el lazo si puede ser.

¡Oh, mi nobilísima hija! ¡Cuánto hemos hablado de esto!

María decía que sí con su cabeza, y alzaba los ojos al techo.

—Cuanto era necesario para metodizar la vida preciosísima de usted, lo dije en sazón oportuna,—añadió Paoletti, sin recoger del suelo la mirada, antes bien, paseándola por la alfombra como no sabiendo qué hacer de ella.—Bastantes veces la tranquilicé á usted sobre este punto, cuando me manifestaba escrúpulos. “No, no, decía yo, Dios no puede exigir á la mujer casada que haga una exclusión total de las consideraciones, digámoslo así, que debe á su esposo.” Este, por extraviado que sea en lo espiritual, adquirió un derecho que no prescribe, ni aún por apartarse él radicalmente en ideas y principios de los principios y las ideas de la esposa. Bueno que le niegue usted su dulcísimo espíritu; que viendo la contumaz incredulidad de él, no le confie ni un átomo (y digo átomo porque necesito valerme de una idea material), ni un átomo de ese mismo espíritu, de esas galas divinas reclamadas por quien las creó; bueno que no tenga usted con él comercio alguno de ideas, ni una confianza que le envanece, ni que le permita jamás la esperanza de que sus halagos puedan desviar á la esposa

de la senda de perfección por donde camina; pero entiéndase que le pertenece todo lo que no es del espíritu, lo que es propio y peculiar manjar del mundo. Usted me refería sus más íntimos y escondidos secretos, misterios delicadísimos de su alma; referíame también hechos y palabras reservadas de su esposo, las cuales apreciaba yo en su justo valor, y fundado en palabras y en hechos, yo trazaba á usted ese régimen de vida, al cual se ha ajustado perfectamente hasta ahora en que la veo aturdida y un tanto descarriada. Recuerde usted lo que hemos hablado sobre esto, la sutil lógica mía para poner todas las cosas en su lugar, y no confundir nunca lo espiritual con lo humano, lo que es de Dios con lo que es de la carne.

María empezó á decir algo y se detuvo asustada.

—Hable usted, mi tiernísima y querida oveja...

—Mi marido me decía muchas cosas...—murmuró la dama.

—Sí, y bien sabe usted que en nuestros gratuitos coloquios yo rebatía con dialéctica contundente todos los argumentos de ese sofista... y usted me daba la razón; usted quedaba convencida.

—Porque no tenía celos, que son en mí...

ahora lo veo claro como la idea de Dios... que son en mí la manera de amar.

—Sí, usted amaba,—dijo el Padre lleno de confusiones recogiendo su mirada y volviendo á dejarla caer,—porque usted se interesaba por él y no quería que le pasase ninguna desgracia, en cuyas ideas la sostenía yo, sí, la sostenía...

—Pero él me decía muchas cosas,—repitió María con el mismo lastimoso tono de niño que llora.—Me decía que usted...

—Que yo...

—Que usted, cercenando poco á poco los afectos para devolvérselos á Dios, cercenando las ideas para que no las manchara el ateísmo, quitándome todo lo del corazón y no dejándome más que un deber, había hecho de mí la concubina de mi marido.

—¡Oh! mujer, mujer,—exclamó Paoletti con viveza y cierta energía de tono,—¿cuántas veces no rebatí ese argumento de apariencia terrible, dejándola á usted tranquila?

—Pues rebata usted este otro...

—¿Cuál?

—Que estoy celosa, envidiosa, y ahora quisiera para mí lo que ya no es mío.

El buen Paoletti alzando del suelo su mirada, irguió la cabeza. No satisfecho con esto y deseando poner sus ojos lo más alto posi-

ble, como se pone la luz en un faro para alumbrar á los navegantes extraviados, se levantó. Quería mirar á su amiga de arriba abajo. Indudablemente el ilustre enano estaba inquieto, desasosegado y, dígame la verdad, poco satisfecho de sí.

—Mi querida amiga,—añadió el hombre chico esgrimando su mirada como un ángel celeste esgrimiera su espada,—veréme obligado á hablar á usted con una energía que no cuadra bien con la amistad suavísima, ¿qué digo amistad? con el respeto, con la veneración que ha sabido inspirarme, pues últimamente, la grandeza de sus perfecciones me ha cautivado de tal modo, que no he podido mirar á usted como penitente, ni aún como amiga espiritual, si no como una santa, como criatura purísima y gloriosísima superior á mí por todos conceptos. ¡Y ahora!...

Nueva pausa. María Egipcíaca, afectada por aquellas palabras, cruzó las blancas manos, y con acento fervoroso exclamó:

—¡Señor, hermano mio, venid ambos en mi ayuda!

—Llámeles usted con el corazón limpio de afectos menudos, que son, permitasenos decirlo, como el moho del sentimiento,—dijo Paoletti sintiendo que la elocuencia venía en torrentes á su boca,—llámeles usted así, y

vendrán. Un movimiento espiritual, íntimo, mi dulcísima amiga,—añadió llevándose la mano al corazón y apretándola sobre él como una garra,—un impulso hondo, de aquí, un impulso que en una sola energía comprenda dos deseos, el deseo de expulsar esa lepra y el de volver arriba, á esas regiones serenas, iluminadas, radiantes, de donde jamás debió descender... Animo, alma predilecta, en cuyas alas se ven ya cambiantes y reflejos de la luz inextinguible del paraíso... ánimo, y no abatir las alas... te falta muy poco, esto, tanto así,—fió á sus dedos la expresión material de la idea;—no mires abajo, que te dará vértigo, mira hácia arriba y verás las bellezas, las magnificencias que te aguardan, hermosura y dicha superiores á cuanto imagine tu fantasía y sueños en los delirios de tus éxtasis más placenteros; oirás regaladas músicas y te sentirás penetrada de ese bien infinito, que te envolverá toda, te suspenderá manteniéndote en un vuelo de arrobo infinito, de contemplación angélica. No vuelvas atrás, alma bendita, te lo ruego, te lo pido por tí, por todos nosotros que esperamos tu ejemplo, por el Dios que te creó tan hermosa como obra maestra destinada á su propio recreo y grandeza; te lo pido de rodillas, yo, humildísimo clérigo que nada valgo, que nada soy; pero que he

tenido la dicha de encaminarte á tu celestial destino, ¡oh, alma preclarísima! conquistando así un pequeño mérito que muy poco vale al lado de los tuyos.

Pausa. Paoletti se puso de rodillas cruzando las manos. Era hombre de buena fé y sentía todo lo que decía.

—¡De rodillas... usted!—murmuró María con voz balbuciente,—no, eso no... haré lo que usted me manda... pero ¿qué se hace para dejar de sentir lo que se siente?

—Sentir otra cosa,—dijo el italiano levantándose.—¡Oh! bien lo sabe usted... que ha educado su corazón y su mente con arte maravillosísimo igual al de los santos. ¿Siente usted por ventura enflaquecimiento ó tibieza en su amor á Dios, en su piedad?

Silencio. María respondió negativamente con un movimiento de su mano. Despues, acercando más su cabeza al Padre para que éste la oyera mejor, habló así:

—¿Eso que usted quiere echar de mí, impedirá mi salvación si no lo echo?

—¡Oh! ángel de bondad, ni por un momento he puesto en duda su salvación... Eso no. Pues qué, ¿un alma tan llena de merecimientos podría perderse? No, no necesito que usted me lo declare para conocer que esos afectos que han venido á conturbarla un poco

no van acompañados de rencor ni excluirán el perdón de los que hayan ofendido á usted. ¿Me equivoco?

María Egipciaca volvió á negar con la cabeza.

—Entonces la salvación es segura. Si me empeño en arrancar esa yerbecilla es porque no me contento con que esta alma sea buena, sino que deseo sea perfecta; es porque no me satisface la victoria y deseo un triunfo gloriosísimo, y que además de la corona de la virtud lleve usted la de la santidad. Quiero, —añadió con énfasis,— que usted suba allá bañada en luz esplendentísima, entre las aclamaciones de los ángeles, y que desde el eterno umbral recamado de estrellas de zafir no vuelva la mirada á la tierra ni áun para obsequiarla con su desprecio. Quiero en usted la pureza absoluta, el amor en su esencia divina.

—Todo eso tendré sin arrancarme el afán de la tierra. Si me puedo salvar con él, que Dios me reciba en su seno tal cual soy.

Paoletti meditaba. De pronto dijo:

—Mi querida amiga, ¿perdona usted de corazón á todos los que la han ofendido?

Pausa.

—Sí,—dijo María cuando ya el Padre había perdido la esperanza de recibir contesta-

cion.—Perdono á mi infiel marido, que me ha matado.

Al decir esto dos lágrimas corrían por sus mejillas.

—Y á ella, á esa mujer que ha robado á usted el amor de su marido, ¿la perdona usted?

Paoletti esperaba con los ojos fijos en la enferma. María bajó los párpados de los suyos y se sumergió en abstracción profunda. El clérigo creyóla presa de un desmayo; alarmado, acercó su rostro, observó, esperó. Al fin pudo oír un sollozo que decía:

—También la perdono.

—Pues si mi nobilísima hija perdona, que es la manera de arrojar fuera esa levadura maléfica, entrará triunfante en la morada celestial,—dijo el Padre dando á su voz un tono patético y solemne.

Indudablemente tenía en su mano la llave de aquella morada.

Súbitamente poseída de entusiasmo místico por efecto del influjo sobrehumano que sobre ella tenía el Padre, María recobró sus fuerzas y singularmente las de la emisión de la voz. Hasta en sus mejillas pálidas viéronse señales de la reacción vital, que principalmente se mostraba en la movilidad, gracia seductora y resplandor de sus ojos.